

Silva de mágicos recuerdos para la noche mágica



**Pregón Sanjuanero
Barcarrota, 23 de junio 1.997**

No conocí en mi infancia rito alguno
del solsticio vernal que hoy nos congrega.
Era fiesta San Juan,
sabíamos de hechizos, de trasgos y de hogueras
en regiones de España u otras partes
lejanas y diversas;
canciones alusivas con mi madre aprendíamos
y hasta quizá retenga alguna de ellas.
¿Cómo, cómo decía la de Emilio Carrere?
La música recuerdo, sí, ... y la letra:

"Trébol de plata, mágica luna,
cuando en la torre las doce dan,
salen las brujas a buscar una
flor de San Juan.

Y sobre el brillo de la fogata,
ebrio de sueños el corazón,
sabe encendernos tu flor de plata
las luminarias de la ilusión.

Luna de risas y de canciones,
que con tus blancas manos astrales
tejes divinas supersticiones
para las penas de los mortales.

Luna de junio, la sanjuanera,
el plenilunio de la quimera".

Pero aquí no había llamas,
en lo que yo recuerdo,
como no se quemara un rastrojal,
ni espíritus malvados o traviesos,
ni purgas, ni catarsis, ni victoria del sol,
ni luna cual un trébol.

San Juan era una fiesta normal. Y no sabíamos,
lo ignoraba yo al menos,
que en Barcarrota antaño hubiera habido
un festival de desahogo y fuego.
En el verano simplemente entrábamos,
entrábamos de lleno;
los niños..., tardías las vacaciones,
ya en julio y hacia el medio.

El verano. Deberes siempre algunos
-no excesiva tarea-,
pero el tiempo más nuestro;
y tras comer, reparadora siesta.
Un rito ineluctable al mediodía:
chapuzón en la alberca;
el agua un poco turbia
de légamo y de arena
y por la superficie aquel bichejo
-¿mas cuál su nombre era?-,
andando sin hundirse
como Cristo en el mar de Galilea.

Verano de mi infancia. Los grillos, negro frack,
un concierto de élitros.
Tiempo la noche de buscar estrellas
y de escrutar el cielo.

Sólo sus luminarias: la luna, si la había,
allí la Osa Mayor y allí el lucero;
mira, mira hacia arriba,
esa es la Casiopea y ese el Boyero.

Aquellas noches cálidas,
atlas del universo.

Yo sé poco de fiestas.

¿Qué pudiera decir del rito sanjuanero
que no sean cosas áridas
de historiador sesudo y seco?

No es lo mío la jarana, sino el callado estudio.

Sólo me es dado hablar de mis recuerdos.

Y creo que es buen momento, después de tantos años,
hacerlo aquí en esta hora del reencuentro.

¿Por dónde ha de seguir, memoria mía,
tu sucesión de versos?

Equinoccio de otoño,
por tí comenzaremos.

¿Qué pórtico más propio
para esta evocación de ayer barcarroteño
que los niños marchando hacia la escuela?

La cartera de cuero,
el cabás de madera,
el cartapacio recio;
la enciclopedia dentro, o la cartilla,
la pizarra, el cuaderno,
la pluma, el pizarrín, la goma, el lápiz
y, cada uno, su pequeño secreto:
un bolindre, una stampa,
un cromo, a lo mejor un bicho muerto.

Chaveas de entonces, hoy
algunos quizá abuelos.

Un puntapié a una lata,
un cristal roto por pedrusco avieso.

Era lo más y aquello no era nada;

¡Cuán limpia el alma entonces de los niños,

→ cosas de críos inquietos.
qué inocentes los juegos,
qué respeto a los curas,
qué cariño a los padres y al maestro!
Hasta los chicos grandes parecían
angelotes ingenuos.

Camino de la escuela nos llamaba
de la iglesia el misterio.
La puerta estaba abierta,
una ventana al cielo;
detrás de la mampara de cristales
hacíamos nuestros rezos.
El retablo de oro,
la Soterraña al centro,
y las demás figuras...,
que cambiaron un día, pequeño desconcierto.
La imagen de la Virgen del Rosario
dignificar quisieron
llevándola al retablo. Trasladaron de sitio
a San José discreto,
y quitaron a un santo franciscano
querido y milagrero.
¿Qué ha sido de esa talla?
¿Dónde está el San Antonio dieciochesco?
¿Alguien me lo dirá? Pasó al colegio
y no era de las monjas, sino nuestro.
Puede que muchos lo hayan olvidado,
y algunos otros nunca lo supieron
por demasiado jóvenes,
pero yo bien me acuerdo,
aunque fuera muy niño, del retablo

como estaba dispuesto
antes que decidiera el doble trueque
aquel primer Don Pedro:
tras barroco templete
el camarín de la Patrona al medio;
San José, en su hornacina, a la derecha,
que es del espectador el lado izquierdo;
San Antonio a la siniestra de la Virgen,
que es nuestra diestra, y en uno y otro ex-
tremo

San Blas con San Antonio, y junto a San José,
Juan el Bautista, el santo por el que hemos
acudido a esta plaza
para aquí distraernos.

Así era el retablo de la iglesia
hasta hace medio siglo o un poco menos.
¿Dónde estaba la Virgen del Rosario,
de talla tan valiosa, antes de aquello?
En la capilla de la Inmaculada,
en el altar que dieron al nuevo Nazareno.
Por cierto, que la imagen primitiva
de la Pura salió también del templo
y también la acogieron
las monjas del colegio.
El tiempo no ha vencido
la bendita tozudez de mis recuerdos.

Recuerdos... Recuerdos de la escuela,
de mis varios maestros
en aulas luminosas, pero frías
en los días del invierno;
manecitas moradas,

agarrotados dedos;
el calor del aliento era el remedio,
todos, todos a un tiempo.
Niños veo con rostros bien precisos,
otros son no más sombras, o quizá sólo cuerpos.
Brumosa o imborrable
memoria de mis muchos compañeros.
En primavera, aromas de pino y de celindas,
de rosas y romero
penetraban por los grandes ventanales,
impregnaban los patios de recreo.

Pero está antes el solsticio del invierno,
natalicio del sol según el paganismo;
fiesta santificada,
nacimiento de Cristo.
Navidad jubilosa,
turrone, mazapán y villancicos
al son de panderetas
y de alegres palillos.
Alguna que otra vez una zambomba rauca;
pocas, muy pocas vi cuando era chico.
No se daba aquí tampoco el verde acebo,
y el muérdago lo mismo;
no teníamos nevadas nochebuenas,
si acaso algo de frío.
Cantando a los portales
sabíamos combatirlo.
La Virgen, San José, llegando los pastores,
en el pesebre el Niño;
el castillo, los Reyes, las ovejas
y lavanderas en el falso río.

El solsticio de invierno,
en familia, en la calle, ese sí lo vivíamos.

Tres meses que trascurren.
Equinoccio vernal, la primavera.
Vieja ermita, la de la Soledad,
por fin tu puerta abierta,
que ya es Semana Santa
y eres útil de nuevo en estas fechas.
Me fascinaba en la lejana infancia
tu pequeñez discreta,
tu cierre pertinaz e inconcebible,
una clausura que me daba pena.
Si acaso el mes de mayo
por una puerta casi siempre ciega
entrábamos con flores y canciones
-"Venid y vamos todos..."- los niños de la escuela.
Era en Semana Santa
cuando la vieja ermita estaba abierta.
Semana Santa, vívida,
la Pasión de mi infancia y de mi tierra.
Por las calles los pasos, sobre hombros de cofrades
oración sudorienta.
Lirios, mimosas, lilas, claveles, candelabros,
y las tallas aquellas...
La Soledad de siempre,
un Cristo Nazareno que se estrena,
unos nuevos sayones, Jesús a la columna,
San Juan, la Magdalena,
el Cristo negro, impresionante, muerto,
y el fúnebre supulcro de madera.
Semana Santa, Barcarrota, ayer.
¡Y qué noche mas larga! Que fue una vida entera.

¿Quién se acuerda de Elia,
de la frágil mozuela
de voz divina que cantaba aquello
de la Mujer Buena
-"Silencio, pueblo cristiano..."-,
cuando mujer no era ella tan siquiera?
Viernes Santo, oscuro todavía,
madrugada sutil, húmeda y fresca.
Acompañando a Cristo y a su Madre
cientos de nazarenos en hilera.
La emoción ponía brillo en nuestros ojos,
color de cielo o color de tierra,
tras de los agujeros
de la morada tela,
el antifaz de luto,
la protección de nuestra penitencia.
Y en un momento dado, un ruido que ensordece,
blandones que se cruzan -cuidado, no se hieran
las manos con los golpes-; un tumulto en la plaza,
nueva Jerusalén, pequeña y nuestra.
Semana Santa, hace cuarenta años,
y ayer me pareciera.
Son tantos ya, de aquellos "nazarocos",
los que llevó la parca justiciera.
¡Cuánto daría por que estuvieran vivos
quienes se han ido a la mansión eterna!
Dios no los necesita
que es plenitud sin merma,
y a nosotros, desdicha,
a nosotros nos puede la tristeza.

Y de nuevo el verano. Que San Juan me perdone;

lo paso por encima, que otras fiestas me arrastran.
Virgen del Soterraño, la novena,
ignaciano sermón, canonical proclama,
entre luces y flores
iqué bien se te cantaba!
Y el ocho de septiembre, por la tarde,
antaño fue quizá por la mañana,
a hombros de sus hijos
en sus andas de plata,
la Virgen bendecía
las calles y las casas.
Santa Patrona nuestra, al pasar te mirábamos
en oración callada,
cariño en nuestro pecho, la conciencia
encogida... y la paz en el alma.
Y luego era la fiesta,
las revistas de feria, los programas,
donaire ingenioso y entrañable,
los versos que Don Luis Cacho firmaba.

Día de toros. Llegó. Pasodoble taurino,
nuestra gran banda pasa.
Cada septiembre, nueve,
un niño yo, vibraba.
Arriba en el balcón de presidencia
un año y otro año junto a mi padre estaba
disfrutando del arte y del coraje
de los grandes espadas,
que los mejores que a la sazón eran
pasaron por la plaza.
Es el momento, nadie está en su sitio.

El presidente, que es mi padre, clama:
"¡Que no suene el reloj, que el tiempo pare!"
La orden escalaba
y el buen señor Bernal paraba el tiempo,
milagro, lo paraba,
un peculiar Josué vestido de uniforme
en singular batalla.
El comienzo por fin de la corrida.
Emoción y algazara.
Se abre el portón, dispuesto el paseílo.
Suenan seis companadas.
Y nunca eran las seis en punto de la tarde,
y nadie protestaba.
El clamor, la alegría,
arena, sangre y sol, nuestra fiesta de España.
Lindo, pequeño coso del castillo,
¡y cómo me llamabas!
Te asocio a la memoria de mi padre
y te llevo en el alma.
Quizá luego era el circo, el cine en el convento,
la verbena a diez metros de mi casa;
en el bolsillo sólo una peseta
y aquello nos bastaba.
No estaré yo en la feria
dentro de once semanas.
Para quien aquí vive es la misma, cambiada;
para mí sería otra
y quizá no pudiera soportarla.

¡Cómo trabaja el tiempo!
¡Son tantas cosas nuevas!
Algunas, pienso, malas,

otras muchas son buenas.

Una de ellas el rito

que aquí se recupera:

los Marochos, el fuego, el simbolismo,

la alegría sanjuanera.

O los libros antiguos que hace poco

tapiados nos surgieran.

A un paso del sitio en que de niño

conocí el ferial de nuestra fiesta,

al lado de la Virgen,

de la Patrona nuestra,

apareció el extraño Lazarillo

y el resto de la rara biblioteca.

Gracias, Lázaro amigo,

por llevar Barcarrota a España entera.

Oculto Lazarillo,

bulléndote la sangre cuatro siglos eternos

en la prisión de unas paredes frías,

de par en par tus ojos humildes y altaneros

en tu escondrijo oscuro.

¡Oh, pequeño arrapiezo que no tuviste miedo,

y víctima del de otros

de heterodoxos credos

- al menos no te echaron a la hoguera-

aguardaste olvidado y en silencio,

contra toda esperanza, el calor de algún día,

la luz de un nuevo amanecer incierto!

Lázaro paradoja:

un pícaro sin cielo,

un niño que no juega,

un alma salmantina en cobijo extremeño;

muchacho sabio y rico,

carente de latines, teologías y derechos,
sin hogar ni familia,
sin bolsa de dineros;
sabio y rico sin duda, pese a todo,
rico y sabio, avispado rapazuelo,
que tu ciencia es la vida,
tú mismo tu maestro
el mundo tu familia
y tu caudal la fuerza de tu pecho.
Viniste a nuestra tierra,
galopín forastero,
aquí llegaste a lomos de una mula,
por supuesto no tuya, y te quedaste luego,
Lazarillo de Tormes,
ahora de nuestro pueblo;
llevarás en adelante tras tu nombre
un gentilicio nuevo;
que ya eres para siempre y para todos
un travieso garzón barcarroteño.
Nos elegiste y te hemos adoptado,
aunque naciste lejos;
te conocíamos poco,
mas ahora te queremos.

Se me impone el final,
que las doce se acercan,
esperan los Marochos su postrimera juega
y habrá que encender pronto
la magnífica hoguera.
Adiós, adiós por hoy a los recuerdos
que a un tiempo me acarician y me queman.
Recuerdos agridulces

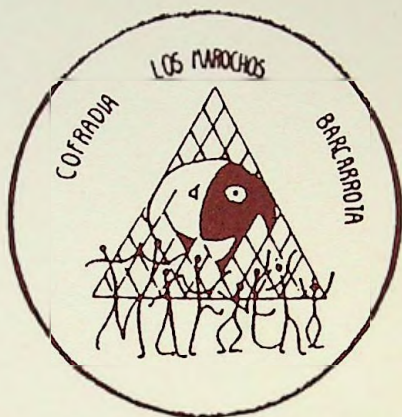
como manzana verde tempranera.
No extrañen esta punta de añoranza
a puertas de una fiesta;
yo creo que la nostalgia y la alegría
son buenas compañeras.

Como un millón de agujas en el alma
se asienta la memoria haciéndome la guerra,
mas también como estímulo de gracia
me vincula a mi gente y me espolea.
Y ahora estoy feliz, con mis amigos.
Tanto tiempo sin verlos y hoy los tengo aquí cerca.

Al cierre de mi texto,
sólo una cosa por decir me queda:
que Dios conceda vida y suerte a todos,
y en esta noche mágica, hechicera,
consunción de lo malo,
crisol de cosas buenas,
en esta noche joven
sin dejar de ser vieja,
felicidad, derroche de alegría.
Que ustedes se diviertan.

Luis García Iglesias.





EDITA:
Cofradia "Los Marochos"



COLABORA:
Excmo. Ayuntamiento de Barcarrota